

EL ARZOBISPO

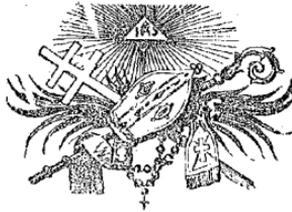
Y

LOS OBISPOS DEL ECUADOR

DIRIGEN

A SUS COMPATRIOTAS

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO-ECUADOR



QUITO

MANIFIESTO

QUE

EL ARZOBISPO

Y

LOS OBISPOS DEL ECUADOR

DIRIGEN A SUS COMPATRIOTAS



EL NOTORIO y grave conflicto, que en la hora presente, afectando á la integridad territorial de la República del Ecuador y hasta cierto punto á su vida misma de nación, ha reunido en admirable y consentáneo concurso todas las energías, todos los esfuerzos para ver de salvarla, nos obliga, y por así decirlo, nos apremia también á nosotros los Obispos de esta Provincia eclesiástica, á llamar la atención de nuestros conciudadanos hacia un punto de importancia vital para la existencia y porvenir de nuestra riquísima y vasta región oriental, bien se le considere como parte integrante de la República,

Hondamente conmovidos por el espectáculo de todo un pueblo, que después de invocar á Dios, Amparador de la justicia, Arbitro soberano del derecho, se dispone al sacrificio para conservar el patrimonio que le dieran el mismo Dios, la naturaleza y los títulos más evidentes y justos que se conocen en la vida de las naciones ¿será vedado, ó podrá parecer inoportuno, que los Obispos recuerden la gloriosa y decisiva participación de sus antecesores los Obispos de Quito, los Religiosos y demás Misioneros en adquirir á precio de indecibles trabajos las extensas regiones orientales?

Nadie, que de pensado no quisiese lastimar la verdad y la historia, podría negar al elemento religioso el mérito de haber acometido y sostenido aquella empresa casi sobrehumana, una de las mayores que haya jamás ejecutado la abnegación puesta al servicio de una noble causa. N6; no hay un solo ecuatoriano que ignore la historia de las misiones de Mainas y más comarcas orientales, los grandes padecimientos de los apostólicos Misioneros hijos en su mayor parte de la Presidencia; los nombres de los mártires que entregaron su vida en manos de los salvajes; el número de poblaciones florecientes donde la Cruz y la Civilización labraban ya la felicidad de sus moradores, y, disponiéndoles para la Patria del cielo, les hacían amar y resguardar la Patria de la tierra. . . .

Imposible olvidar á hombres de la talla de los Padres Acuña, Artieda, Pérez, Riofrío y Cueva, á mártires como Rickter, Ferrer, Durango, á ibarreños como Santacruz, Benites y Conforte, á quiteños como Caicedo, Montero, Loza, Rodríguez, Bahamonde Zenitagoya, y á guayaquileños como los Majanos y cien más que acabaron su vida con muerte violenta ó en fuerza de las privaciones.

giosa, política y civil: mientras duró su permanencia en ellas, se conservaron éstas con todas las ventajas de esa múltiple vida.

Y ahora, ¿no es evidente, compatriotas, que ha llegado el momento de restablecer las Misiones que se han suprimido, de fomentar las que aún trabajosamente subsisten? Decidlo pronto, claramente, puesta la mano en el corazón

Sí, ya os oímos que esta obra patriótica y religiosa debe comenzar en seguida, sin tardanza. El Oriente está reclamando á grito herido al predicador del Evangelio, porque él al mismo tiempo que desempeña un mandato divino, es no menos el agente más activo de la cultura social, el desinteresado auxiliar del Gobierno civil, por fin, el más seguro centinela de la integridad del territorio patrio.

Preceda el Misionero á todos los trabajos de ocupación efectiva del Oriente, los cuales por su naturaleza misma exigen tiempo para su desenvolvimiento. La inmigración, para ser eficaz, demanda cierta cultura ó preparación siquiera inicial en los territorios destinados á ella, y ¿quién duda ahora que toda la importancia de la inmensa comarca estriba, precisamente, en que se la ocupe por los inmigrantes? Y el colono sigue confiado por la luminosa huella que, selva adentro, dejó la planta del Ministro de Dios, porque sabe que donde él estuvo, allí sentó sus reales la Caridad hija del Cielo, que estrecha en su seno á todos los hombres, sean cuales fueren su color, raza y lengua: sabe que allí no es extranjero porque al precederle, enclavó en punto prominente, con la Cruz del Redentor, el flotante pabellón emblema de la Patria.

Que vayan los Misioneros al Oriente: nos lo dicen

de Requena los avances de los portugueses, tan luego como se alejaron los Misioneros; el Libertador Bolívar, que restablece aquéllos en guarda del territorio del antiguo Virreinato de Santa Fe y los Conventos de Misiones, suprimidos con tanto perjuicio de los territorios, desde los aledaños del Alto Orinoco hasta los del Ucayali; nos lo aconseja el Ministro de Estado de la Nueva Granada, que en su Memoria al Congreso de 1846, asegurando que la mejor defensa de la frontera consiste en civilizar y nacionalizar á los indios, cristianizándoles, dice: «el medio para conseguirlo son las Misiones consideradas bajo un plan fijo, que debe acordarse y desenvolverse con paciencia y con tesón. *Obrar de otra manera es aventurar, talvez, la suerte de inmensos é importantes territorios, y dejar á nuestros hijos la eventualidad de perderlos, la imposibilidad de conservarlos, ó la guerra para recuperarlos*»; éstos, y acaso hechos más recientes, nos señalan ya el campo de los trabajos por reanudarse.

Por nuestra parte, empezamos ya á crear una *Asociación nacional protectora de las Misiones del Oriente*, cuyo objeto está indicado en su propio nombre, y cuyo desenvolvimiento pende en mucho, de la acción de los ecuatorianos y de los Poderes públicos. Pronto os daremos á conocer sus Estatutos.

No hay pueblo alguno gentil, que no vea alzarse en su suelo el altar del Misionero y la Cátedra desde donde él enseña la verdad, que da gloria á Dios y salva á las almas.

Muchas personas de nuestro Clero regular y secular, herederos legítimos de sus esclarecidos predecesores en el ministerio apostólico, irán presurosos al incremento sacrificio, pidiendo fatigas y penalidades con el propio anhelo con que otros piden con el

Ecuadorianos: mirad allá centenares de hermanos nuestros, hijos de esta misma Patria que os abriga en su regazo, cómo os piden favor y extienden sus brazos hacia vosotros en ademán suplicante, para que les ayudéis á salir de su abyección: la discordia, los vicios, la ignorancia, la trata despiadada les consume. ¡Ayudadnos á salvarles, y á salvar con ellos el territorio nacional sin pérdida de tiempo!

Quito, 16 de Junio de 1910.

✠ *Federico,*

Arzobispo de Quito y Administrador Apostólico de Guayaquil.

✠ *Manuel María,*

Obispo de Cuenca.

✠ *Ulpiano,*

Obispo de Ibarra.

✠ *Andrés,*

Obispo de Riobamba.

✠ *Fr. Juan María, S. O. L.,*

Obispo de Portoviejo.

ADVERTENCIA.—El Ilmo. y Rmo. Señor Obispo de la Diócesis de Loja, impedido de asistir á la reunión de los Prelados, por una larga y penosa enfermedad, ha expresado su plena adhesión á lo que éstos acordaren.

